

Pintura.

VELAZQUEZ. -- RUBENS.

«Salvo la opinión de los demas.»
(Anónimo.)

Hé aqui dos grandes pintores, dos grandes coloristas, y que nada se parecen entre sí. Vamos pues á hacer una ligera indicacion de las cualidades mas principales de estos dos insignes artistas del siglo XVII.

Las composiciones de Velazquez son naturales y sencillas, su dibujo es correcto, los semblantes y espresion de sus personajes sumamente variados; cuidaba poco de los detalles, atendia mucho al efecto, sin dejar nunca de ser natural; conocia como ninguno la perspectiva aerea. El que se detenga á mirar con atencion cualquiera de sus cuadros, llegará á figurarse que lo que está viendo es la realidad, se olvidará enteramente de que lo que tiene delante de los ojos es un lienzo pintado. Este es quizá el único pintor de quien puede decirse con verdad, que en sus cuadros *no se vé la paleta*.

Rúbens tenia una imaginacion muy fecunda, hacia cinco y seis veces un mismo asunto (la Asuncion de la Virgen, por egemplo) sin repetirse nunca, hacia ostentacion de las ricas estofas que sabia egecutar con primor y facilidad; su dibujo era algunas veces amanerado, á lo que habrá contribuido algun tanto la escesiva fuerza de imaginacion que le caracterizaba. «Su colorido es exagerado, como tambien su efecto de claro-oscuro.» Esto dicen los que no consideran, que casi todos los cuadros que pintó son grandes y muchos de ellos de altar, que por consiguiente deben mirarse á cierta distancia, y que si sus colores estuviesen mas unidos, y fuese su efecto menos picante, no producirian sus obras el mágico efecto que producen. Los cuadros de este pintor son á nuestro modo de ver los mejores para que un jóven aprenda á pintar: en ellos se vé por decirlo

asi *la anatomía del colorido*. No puede decirse otro tanto de Velazquez, cuyas tintas mudas y cuyo toque franco son muy difíciles de copiar. Este no usaba muchos colores, los personajes de sus cuadros están vestidos con seriedad, y donde tenia que pintar soldados ó gente común, sabia muy bien imitar los vestidos usados, sin dejar por eso nunca de ser noble. Rúbens por el contrario, velaba los ropages de sus figuras con hermosas lacas y jugosas. Los dos daban mucho vigor á sus obras; conocian perfectamente que un cuadro frío y *tiernecito* no puede hacer nunca buen efecto. Tanto Velazquez como Rúbens pintaron sin miedo, empastaron mucho sus tintas, particularmente en las luces, para darles mas brillantez; tampoco se paraban en pequeñeces. Los que critican por egemplo á Velazquez en su *Rendicion de Bredá* que las lanzas están demasiado paralelas, y que hacen mal efecto, no saben lo que se hablan. Nosotros dirémos á estos señores que no se ocupan mas que en buscar pelillos que criticar; *que vale mas una obra de cualquier clase que sea, que tenga grandes bellezas y grandes defectos, que otra que no tenga ni lo uno ni lo otro*, y concluirémos diciendo por regla general, que puede aplicarse á todos los grandes maestros en cualquiera de las bellas artes, que cuando nos paramos delante de un cuadro de Velazquez y le consideramos bien, nos parece este pintor superior á todos los demas, y que, cuando nos detenemos á ver *el jardin de amor*, ú otro por este estilo de Rúbens, nos sucede lo mismo; y que por consiguiente creemos escusado decir cual es el mejor de los dos, porque cada uno tiene su estilo particular y sus bellezas respectivas, y porque semejantes comparaciones nos parecen tan inútiles como ridículas.

F. DE M.



Galería

DE

Ingenios Contemporáneos.

DON TELESFORO DE TRUEBA COSIO.

A principios de este siglo nació en Santander el fecundo escritor y ardiente patriota D. Telesforo de Trueba, á quien desde su mas tierna infancia condenó la suerte á llorar amargas desventuras, privándole á los ocho años de un padre querido. Desde entonces, la vida del Sr. Trueba no ha sido mas que una serie de peregrinaciones en paises extranjeros, endulzada algun tanto por los alhagos de la poesía y los lauros de la gloria literaria.

Procuraré hacer un resumen de los principales sucesos que han agitado la breve carrera de su existencia. Y la justicia exige que empiece por el que mas ha influido en toda la vida de este escritor, por el que seguramente dió origen á todos los demas: el Sr. Trueba tuvo la fortuna en su primera infancia de que dirigiera su educacion una de aquellas mugeres extraordinarias, que parecen colocadas por el cielo sobre la tierra para abrir con su egemplo á la virtud y al amor del estudio el corazon y la inteligencia de los jóvenes: ésta fué su madre, Doña María Perez Cosío.

Poco despues de la muerte de su padre, pasó á un colegio de Inglaterra, donde empezó sus estudios para la carrera diplomática á que le destinaba su familia y que luego terminó en la Sorbona de Paris. En esta gran ciudad permaneció de agregado meritorio á la embajada, hasta que, vuelto á España en 1822, fundó la academia llamada del *Mirto*, de que fueron individuos, bajo la presidencia del Sr. D. Alberto Lista, casi todos los jóvenes poetas que en el dia llaman la atencion del público. Pasó el Sr. Trueba con el gobierno á Cádiz y alli empezó ya á distinguirse con algunas

composiciones dramáticas que tuvieron grande aceptacion; pero cuando empezó este ingenio á ser una verdadera celebridad literaria, es cuando hallándose en Londres de emigrado voluntario publicó en inglés, estimulado por sus íntimos amigos los Sres. Argüelles, Gil de la Cuadra y Alcalá Galiano, su primera novela histórica titulada *Gomez-Arias*. Los que saben que apenas hay una lengua tan difícil como la inglesa, y consideran que en aquella época se hallaba el gran Walter-Scott en la cumbre de su celebridad europea, mirarán seguramente como un milagro de constancia y de fortuna el brillante éxito que coronó los esfuerzos de nuestro joven compatriota. Y en efecto, algunos periodistas, no pudiendo creer que el *Gomez Arias* fuese obra de un extranjero, negaron paladinamente á su autor el título de español, lanzando sobre él una acusacion de impostura, que luego desvanecida, solo sirvió para hacer resaltar mas y mas su glorioso triunfo. Todos apreciaron como debian las inmensas fatigas, el incansable amor al arte y á la gloria que debia animar al joven extranjero, solitario y proscripto en la ciudad mas sábia del mundo, para hacerle rasgar el velo que le condenaba á la oscuridad y abrirse con su pluma el sendero de los honores y las riquezas.

Este primer triunfo le sirvió de estímulo poderoso para adquirir otros nuevos y mayores: *El Castellano ó el Príncipe negro* (THE CASTILIAN) *La España Romántica* (ROMANCE OF HISTORY, SPAIN) *las Vidas de Hernan Córtes y de Pizarro*, (LIVES OF CORTES AND PIZARRO) y la novela de costumbres titulada *el Incognito* (THE INCOGNITO), obras que fue publicando sucesivamente en el orden que dejo indicado, coronaron sus mas li-songeras esperanzas. A ellas debió ver colocado su nombre entre los de los mas célebres escritores del dia; el escelente traductor de Walter-Scott, Mr. Defaucoupret, tradujo al francés todas sus obras, y uno de los mas distinguidos literatos ingleses, Lord Holand, admitió la dedicatoria de una de ellas y honró al autor no solo con su estimacion sino tambien con su amistad. Alguna de sus obras fue traducida al ruso y todas sin excepcion al aleman.

Acaso este premio de sus afanes escedía á todas las esperanzas que pudo haber formado el Sr. Trueba en la embriaguez de su primer triunfo; pero nadie ignora que la sed de gloria, en las almas jóvenes y fogosas, degenera facilmente en una verdadera hidropesía. No contento ya con la celebridad adquirida, aspiró á los aplausos de la escena, y cuando, despues de haber vencido inmensas dificultades, vió representada en el magnífico teatro de Coven-Garden la comedia en cinco actos, titulada los *Esquisitos* (THE EXQUISITES) (1) y el entusiasmo con que la recibió aquel público ilustrado y severo, pudo decir con orgullo que en punto á literatura, le quedaban ya pocas palmas nuevas con que ceñir su frente. Esta comedia se dió al público durante los graves desórdenes que ocasionó en Londres el Bill de reforma, y sin embargo nunca dejó de estar lleno el inmenso teatro en que fue representada. Desde entonces, consagró todas sus tareas á la literatura dramática, á que le llamaba su vocacion principal: el teatro de la Opera cómica Inglesa vió representadas sucesivamente con singular aceptacion sus dos comedias tituladas, *El arreglador*, y *Vuelva V. mañana* (ARRANGEMENT, y COLL AGAIN TO-MORROW). En el teatro Real de Drury Lane se representó sesenta noches seguidas, en la primera estacion, la comedia titulada MR. AND MRS. PRINGLE (El Señor y la Señora) y poco despues otra con el título de los *Disipados* (THE MEN OF PLEASURE). Su última obra fue un drama histórico titulado el *Rey Delincuente* (THE ROYAL DELINQUENT).

De todos sus trabajos literarios el que le dió mas renombre en Inglaterra es el que pudiéramos llamar crítico descriptivo, que publicó en tres tomos poco despues del *Incógnito* con el título de *Londres y París* (PARIS AND LONDON) (2). Su última novela histórica fue *Salvador el Guerrillero* (SALVADOR THE GUERRILLA), episodio de la guerra de la Independencia: en ella, separándose el autor

(1) Como si digéramos los *Lechuguinos*.

(2) El Sr. Trueba se propone publicar dentro de poco en castellano, con todo lujo, una edición de sus obras completas, por lo cual me abstendré de hacer

algun tanto del género de Walter-Scott, adoptó el de su digno rival americano Fenimore Cooper.

Entre las pocas obras que ha publicado en castellano, solamente citaré las dos comedias tituladas el *Veleta* y *Casarse con 60,000 duros*, por haber sido una y otra muy bien recibidas en los diferentes teatros en que se han representado dentro y fuera de España, como lo fue tambien en Cádiz, la que hace pocos dias silvó el público tan moral de las *lunetas* en el teatro de la Cruz. ¡Solo él fuera capaz de silvar á Sheridan!

Mucho tendria que alargar este artículo si hubiera de enumerar todos los escritos sueltos que publicó el Sr. Trueba, en las Revistas *Metropolitana* y de *Edimburgo* y en otros muchos periódicos literarios; pero lo considero del todo inútil pareciéndome que bastan y sobran los ya citados para asegurarle un lugar muy distinguido entre nuestros ingenios contemporáneos.

No bastó sin embargo el atractivo de tantos triunfos para hacerle olvidar una patria querida; y apenas empezó á brillar en nuestra España una aurora de libertad, abandonó el suelo hospitalario de la Inglaterra, y renunciando á los nuevos trabajos literarios con que esperaba ilustrar mas y mas su nombre, volvió á su pais en mayo de 1834. En tonces fue nombrado por su provincia Procurador á Córtes, y poco despues Secretario del Estamento, donde todos le hemos visto cumplir su noble mision como uno de los mas celosos defensores del trono de Isabel II y de la libertad. Todos los trabajos del Sr. Trueba desde esta época, dedicados esclusivamente á la política, no pertenecen ya á la jurisdiccion del *Artista*; por eso terminaré aqui esta ligera biografía: contentándome con hacer presente que muy penosos y profundos deben haber sido aquellos trabajos para producir en el Sr. Trueba la terrible enfermedad, que por espacio de mas de un mes le ha tenido sin esperanza de vida en las orillas del sepulcro.

ahora un analisis detenido de cada una de ellas, limitandome á decir la impresion que produjeron en el pais donde fueron escritas. Igualmente se propone el Sr. Trueba publicar un tomo de sus poesías sueltas.

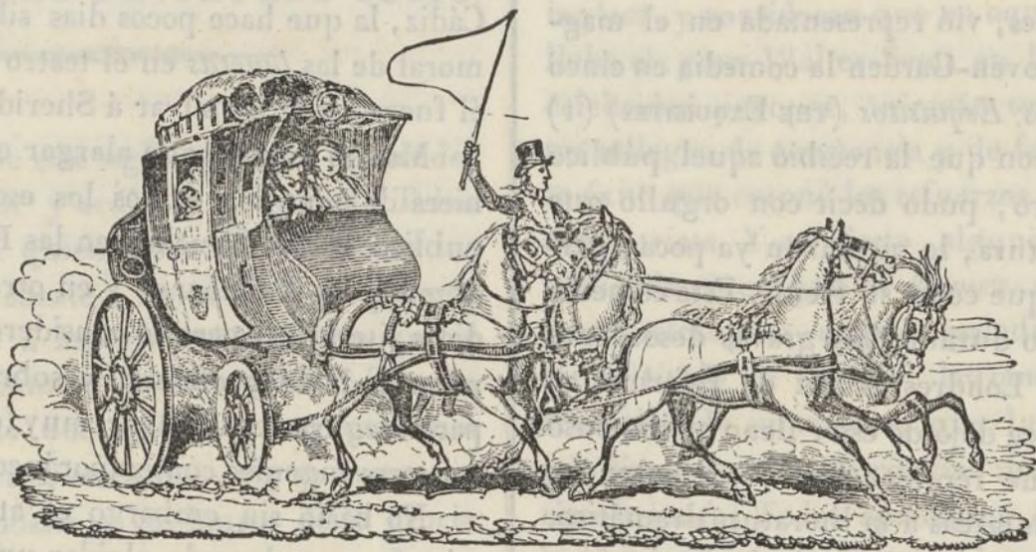
*

Cuando nuestros suscriptores lean estas líneas se hallará ya el Sr. Trueba á pocas leguas de Madrid viajando con direccion á Paris, donde espera que la influencia del clima y los cuidados de una madre cariñosa, acabarán de restablecer enteramente su quebrantada salud. Asi lo esperan tam-

bien cuantos conocen á este jóven padre de la patria y asi será seguramente.

¡Ojalá volvamos pronto á verle en el seno de nuestra España que ahora mas que nunca ha menester del amor y constancia de sus hijos!

E. DE O.



Pintor. -- Pintura.

¿No es cosa muy singular que en una lengua tan rica como la Castellana se designe bajo el mismo título de *pintor* al que inmortalizó con sus pinceles la toma de Bredá y á los que embadurnan de azul y amarillo las fachadas de nuestras casas? *Pintor* llamamos á nuestro gran Murillo, y *pintor* llamamos tambien al obtuso jornalero que, con la brocha en una mano y el cubo en la otra, cubre de verde ó lila las puertas y las ventanas. ¡Estraña confusion de palabras, origen de una confusion de ideas aun mas estraña todavia! Nuestra lengua designa con diferentes nombres al *escritor* y al *escribiente*: no confunde al *arquitecto* con el *albañil*, ni al *escultor* con el *picapedrero*; pero por lo que hacé al *pintor*, lo mismo es para ella el sublime autor de la *Transfiguracion* que el úl-

timo aprendiz de.... de qué? de *pintor*, tendremos que decir, pues que asi se llama en castellano el que revoca una casa ó pinta una puerta.

Admitiendo este doble significado de la palabra *pintor*, podemos asegurar sin rebozo, que en ninguna nacion hay actualmente tantos *pintores* como en la nuestra. Verdad es que en Francia, por ejemplo, existen Paul Delaroché, Ingres, Scheffer, Gros, Gerard, los dos Deverias, Court, Horacio Vernet, Decamps &c., &c., y que en España solo tenemos en el dia como hasta media docena de pintores por el estilo de aquellos; pero qué importa? para eso apenas hay calle en Madrid donde no se vea escrito en letras gordas como el puño sobre algun mugriento portal: N. N. *Pintor y Dorador*, ó *Aquí se pintan Salas*; y si sumamos la media docena de *pintores* que arriba digimos y todos los *pintores* y doradores que tienen tienda en la capital, y todos los jornaleros y aprendices á quienes estos *dan trabajo* á tanto por hora, y que son igualmente *pinto-*

res como lo eran Velazquez y el Spagnoletto, resultará seguramente en resumidas cuentas que tenemos sin salir de Madrid una muy formidable falange de pintores, que en vano aspirarán á igualar en fuerza numérica las demás naciones. ¡Y luego dirán que no se cultivan las Bellas Artes en España!!! ¡Ilusion! ¡calumnia!

PINTOR, *el que profesa ó ejercita el arte de la pintura*: dice el Diccionario de la lengua Castellana. Ahora bien: ¿puede aplicarse esta definición al que pinta puertas y ventanas? ¿merece el nombre de arte esta operación puramente mecánica? ¿puede llamarse artista al que revoca una casa, por ejemplo? No, seguramente: éste no es mas que un menestral: aquella no es mas que un oficio. La misma definición de esta voz, aunque muy poco filosófica, es una prueba de ello:

OFICIO, *la obra que cada uno debe hacer y en que está ocupado, segun el lugar y estado que tiene.* — *El ejercicio ó empleo de cada uno.* Ninguna de estas esplicaciones puede aplicarse á la pintura considerada como arte noble.

Y he aquí precisamente de donde nace la confusión de ideas que antes indicamos: por no tener una palabra que espresase exactamente una idea, se confunde el arte con el oficio, el artista con el menestral. Digno objeto seria de las tareas académicas, corregir esta y otras imperfecciones de nuestro bellissimo idioma.

Vaya otra indicacion á los Sres. de la Academia de la lengua. Pintura llamamos á un cuadro, á un retrato, y así decimos galería de pinturas: *pintura* llamamos tambien á la materia colorante con que cubre el artista sus lienzos, el artesano sus paredes ó sus ventanas: tambien se dice, y esta es la acepcion mas general de esta palabra, el arte de la *pintura*. ¿Por qué hemos de espresar con la misma palabra tres ideas tan diferentes? ¿De qué nos sirve tener cinco ó seis voces tal vez para espresar una misma idea, si hay ideas que no podemos espresar exactamente con ninguna? ¿Constituyen esta profusion en unas ocasiones y esta penuria en otras, la verdadera riqueza de una lengua? No; corregir esta imperfeccion seria otro objeto digno de las tareas académicas.

En pocas lenguas es tan fácil como en la nues-

tra formar voces nuevas; y si no nos arredrara el justo temor de dar á este artículo una de aquellas dimensiones agigantadas que le colocara en el rango de los que nadie se toma el trabajo de leer, espondríamos las razones en que nos fundamos para proponer las dos siguientes definiciones, y la creacion de esta palabra nueva y seguramente necesaria:

PINTADOR. *El que profesa ó ejerce la pintura, considerada como oficio mecánico.*

PINTOR. *El que profesa ó ejerce la pintura, considerada como arte noble.*

Definiciones que podrian simplificarse mucho designando con diferentes voces las dos ideas que van anejas en ellas á la palabra *pintura*, y que hemos tenido que espresar por medio de un largo circunloquio. — E. DE O.

POESIA.

A una Mujer.

« Mas hermosa que la luna,
Que las Huris del Eden. »
L. G. BRAVO.

Oh! si en tu pecho inocente
Mi cabeza reclinára!
Si tu mano resbalára
Cariñosa por mi frente!
Si gozára yo un momento
El aroma de tu aliento,
Ó María,
Por ninguna
Mi fortuna
Trocaria!
Todo el fuego del amor
En tus ojos centellea,

**

Y una nube te rodea
De celeste resplandor:
Si en la noche me apareces,
Aun mas que muger pareces
Una esencia
Siempre pura
De hermosura
Y de inocencia.

Como aquellas que imagina

Delirante ver la inquieta
Alma jóven del poeta
En los rayos de Lucina,
Hermosuras ideales
Entre mágicos cendales,
Tú querida,
Así eres bella,
Blanca estrella
De mi vida!

II.

¡ Angélica muger! ¡ dulce María!

Tu prendaste de amor el alma mia.

Del punto en que te ví;

Y fue mi amor profundo,

Oh hermosa! porque al mundo

Para amarte nació.

Aun antes que mis ojos te miraran,

Antes que mis oídos escucharan

Tu acento divinal,

En mis sueños de ventura

Ví tu lánguida hermosura,

Tu hermosura virginal.

Y escuché la suavísima armonía

De tu acento también, dulce María,

Que vibraba en mi oído

Y en mi alma anhelante

Cual del harpa distante

El último quejido.

Eres, memoria de mi alegre infancia,

Grata á mi corazón cual la fragancia

De la triste viola:

Grande fue mi consuelo

Cuando tras largo duelo

Ví la tierra española.

Me es grato oír en las nocturnas horas

Bramar las olas de la mar sonoras

Contra el rudo peñón

Que me sirve de asiento,

Mientras se lleva el viento

Mi lúgubre canción.

Late mi pecho de terror sublime

Cuando á lo lejos en la tarde gime

Campana sepulcral:

Y contemplar me agrada

La frente torreada

De un castillo feudal.

Mas nada iguala á lo que siento, ó hermosa,

Cuando mi vista en tu semblante posa,

Cuando escucho tu acento,

Cuando por tí suspiro,

Cuando el ambar respiro

De tu sereno aliento.

Como refleja en lóbrega laguna

Su disco bello la modesta Luna,

Refleja tu presencia

Un rayo, amada mia,

De paz y de alegría

A mi amarga existencia.

Madrid, Julio. 1834.

E. DE O.



La Flor.

Flor modesta y solitaria,

Puro emblema del amor,

Cuyas hojas ha terrible

Dispersado el aquilon;

En un hora fugitiva

Tu hermosura se eclipsó;—

Como virgen delicada

Pereciste, bella flor.

Como tú brillaba hermosa
 La que amó mi corazón;
 Pero el cierzo de la muerte
 Su hermosura marchitó.
 ¡Pobre Laura! Malogrado
 Fue el tesoro de tu amor:
 ¡Nadie, oh flor, sobre tu cáliz
 Una lágrima vertió!
 Porque el rayo de la muerte
 Y el rigor del aquilon
 No respetan en el mundo
 Ni la vírgen ni la flor.

E. DE O.

LITERATURA.

Stephen.

(Véase el número anterior.)

XI.

La vida estudiosa y retirada que observaba Stephen desde que se restableció de su larga enfermedad, le había retraído casi enteramente del trato de sus amigos, de modo que á ninguno veía sino muy de tarde en tarde. Una noche, al retirarse á su casa, sintió que le daban un golpecito sobre la espalda, y al volver la cabeza se halló entre los brazos de su antiguo compañero de colegio Enrique Mendoza, á quien no había visto hacía ya muchos años, pero de quien, como nos sucede generalmente con todos los que han sido compañeros de nuestra infancia, conservaba un recuerdo dulcísimo.

— ¿Cómo estás? — ¿Cómo te ha ido? — ¿Qué te haces? — ¿Tú por aquí! — ¿Dónde vives? — Dame otro abrazo. — ¿Quién había de decir!...

Todas estas preguntas y exclamaciones, sazonadas con sendos abrazos, se hicieron los dos amigos sin darse tiempo siquiera para contestarse, tan agitados estaban con aquella inesperada alegría.

— Yo, amigo mio, dijo al cabo de un rato á Stephen su compañero, soy ya hombre de obligaciones, padre

de familias y qué sé yo?... Me he casado.... ¿Y tú?
 ¿Siempre poeta; siempre visionario?

— Siempre por mi desgracia, siempre.... Pero hombre, estás desconocido: ¡Tú tan grave, tan formal!
 ¡Con esa levita que te llega hasta los talones! — ¿Dónde vives?

— Ahora te vienes á mi casa conmigo, y te presento á mi muger y á mis hijos....

— No, ahora no puedo; tengo que hacer.... pero dame tus señas y mañana....

— Mañana pasamos el dia juntos; te espero para tomar chocolate y no te suelto hasta despues de haber cenado.

— Corriente.

— Es que no tienes que faltar.... Ya tu sabes que tu reputacion en punto á citas no estaba muy bien sentada antiguamente.... En interponiéndose una oda ó un soneto.... Adios cita, adios todo....

Caía del cielo mientras hablaban los dos amigos una lluvia bastante recia y corria un vientecillo agudo y penetrante; pero cuando ellos lo notaron, ya estaban calados hasta los huesos. Volvió Stephen á reiterar sus promesas de que no faltaria á la cita y habiendo abrazado de nuevo á Enrique con toda la efusion de su alma, se separon para ir cada cual á su respectivo domicilio.

Trabajó Stephen toda aquella noche en su humilde zaquizamí á la pálida luz de una vela de sebo, y se halló al dia siguiente con que ya tenia acabada la traduccion de cierto drama aleman que le habia encargado un librero especulador. Pusole esto el ánimo tan ligero, con la esperanza de ver pronto llegar dinero fresco, que olvidó por un momento todos sus pesares, creyéndose un hombre completamente feliz. Acordóse entonces de la promesa que habia hecho á Enrique, con lo cual acabó de ponerse tan alegre y ufano que no se hubiera trocado entonces nuestro pintor por el mismo emperador de los Chinos. No fue bastante á aguar su contento la inútil visita que hizo á todos los rincones y escondrijos de su reducida habitacion, esperando hallar en alguno de ellos dinero ó cosa que lo valiera; revolvió todos sus papeles; buscó hasta dentro de la caja de pinturas y viendo que nada hallaba, exclamó:

— Bah! ¿Quién hace caso de pequeñeces?... ¡Maldito dinero, amen!....

Y unas veces cantando, otras declamando en alta voz retazos de poesía burlesca, se afeitó y compuso lo mejor que pudo con los derrotados artículos de su guarda-ropa. Despues de haber empleado cerca de una

hora en componerse y ocultar lo mejor posible el triste estado de sus vestidos, salió de su casa cantando y danzando con una algazara tal que dejó escandalizado á un grave zapatero de viejo que, segun su costumbre, trabajaba en la puerta de la calle. Dijole Stephen al paso con voz sepulcral, poniéndole las manos sobre la cabeza:

"Alba ligustra cadunt; vaccinia nigra liguntur."

Pasó Stephen aquel dia en casa de Enrique, y este fué uno de los mas felices de su vida. Veia en su amigo una imágen de la mas cumplida ventura, y acordándose de que ya habian pasado tres meses de los cuatro que habia fijado la marquesa, pensaba continuamente en Matilde: vagaban en su imaginacion las mas risueñas ideas y la disposicion de su ánimo pintaba con colores alegres todos los objetos de la naturaleza. Admiraba la felicidad de su amigo, rodeado de sus hijos y de una esposa querida, pero sin envidiarla, porque estaba seguro de que dentro de un mes gozaría él la misma felicidad. Oh! Venturosos los que están dotados de una ardiente fantasía! Si sus pesares son mas profundos, mas enérgicos que los de los demas hombres, tambien sus placeres son inmensos; tambien en aquel solo dia gozó Stephen mas que otros gozan en todo el curso de su vida.

Y cuando salió á la noche de casa de su amigo, rebotaba de tal manera la alegría en su corazón, que sentia una necesidad de comunicarsela á cuantos encontraba y de estrecharlos en sus brazos y de verlos tan venturosos como él. Las calles de Madrid le parecian admirables, el empedrado suavísimo, las mugeres divinas, los hombres todos sublimes, tanto que ni aun se atrevia á tocarlos al paso temeroso de ofenderlos; el mas puro regocijo estaba pintado en su semblante y en su corazón. Antes de volver á su casa recorrió una porcion de calles y anduvo de un lado á otro siguiendo el hilo de sus doradas ideas, porque era con ellas mas feliz que todos los monarcas del mundo con sus tesoros y sus coronas. Volvió al fin á su casa ya muy entrada la noche y el primer objeto que llamó su atencion fue una carta cerrada que estaba sobre su mesa y en cuyo sobrescrito reconoció la letra de Matilde. Cubrió el enamorado Aleman este precioso objeto de lágrimas y de besos, y no hacia mas en su delirio que apretarle contra su pecho y luego contra su boca. Iba saboreando poco á poco el placer de abrir aquella carta para prolongar en cuanto pudiera tan suprema felicidad; ya empezaba

á romper la oblea y se interrumpia para llevar el papel á sus lábios; ya leia el sobrescrito y poniale luego sobre su corazón.... En fin, despues de muchas oscilaciones, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, se sentó en la única silla que habia en su estancia; arrellanóse muy bien en ella como un canónigo; tomó la carta en ambas manos, abrióla con lenta precipitación y leyó lo que sigue: = «Anuncio á V. que le devuelvo todos sus ju-
» ramentos, todas sus ridículas promesas, todos sus melodramáticos suspiros, porque no soy como V. se
» imaginó neciamente una pastorcita de novela. Cuando
» reciba V. esta carta, será ya su divina Matilde, es-
» posa de otro hombre, no tan sentimental como V.,
» pero algo mas decente á lo menos, pues no lleva un
» frac tan raído como el de cierto pintor de boar-
» dilla que yo conozco. Adios, señor aleman; guarde V.
» su risible pasion y sus poeticos suspiros para otra
» muger menos tonta que MATILDE.»

La marquesa habia calculado mal el efecto que produciria esta carta. Quedó Stephen hecho una estatua de hielo cuando la hubo acabado: al cabo de un rato se levantó de la silla, cerró con llave la puerta de su cuarto, y luego se oyeron algunos tristes y amargos sollozos á que sucedió un silencio profundo.....

XII.

Apenas escribió Matilde la fatal carta que la habia dictado su madre, salió con ella de la casa de campo y fue al convento de S.... donde aquel mismo dia tomó el hábito de novicia: pero habian ya los crueles artificios de la marquesa martirizado tanto el corazón de aquella inocente niña; era tanto lo que habia llorado en secreto y sufrido en aquellos últimos tiempos, que su cuerpo delicado se marchitó como una azucena manoseada ó herida del viento. Al dia siguiente de su entrada en el monasterio, sonaban las campanas tristemente: estaba la iglesia apenas alumbrada por algunas lámparas y en su centro se elevaba un humilde túmulo cubierto de negro, á cuyo alrededor estaban arrodilladas todas las religiosas, rociando con agua bendita la frente pálida de una vírgen y cubriendo su cuerpo de flores. Este cuerpo era el de Matilde.

Dejó la marquesa á su hija en el convento, y metiendo en su seno la carta que esta habia escrito á Stephen, se dirigió en coche á su casa con toda la rapidez de los caballos. Entregó luego la carta á uno

de sus criados para que la llevara á su destino, y quedó sola en su gabinete llena el alma de alegría, esperando ver pronto al jóven alemán curado por el desprecio, de su pasión hácia Matilde... Oh! ¡Cuán dulces eran las esperanzas que la sonreían! Imaginábase que á fuerza de amor y de ternura lograría vencer la indiferencia de Stephen, y ya creía verle á sus pies jurandola eterno amor.... Entonces entró uno de sus lacayos á decirle que estaba á la puerta un caballero que deseaba hablarla. Latió su corazón con la mayor violencia al oír estas palabras; y sin poder disimular su agitación, dió orden para que le introdujeran á su presencia. Entró entonces en la estancia un hombre que por su porte parecía extranjero: llevaba un casaca á la antigua, color de tabaco y una peluca con polvos, flanqueada de dos inmensos rizos que le caían sobre las orejas. Saludó este extraño personaje á la marquesa, haciéndola una profunda reverencia y en seguida se sentó á su lado.

— ¿No me conoce V., Señora? la dijo mirándola con atención.

Parecía á ella que las facciones de aquel hombre no le eran enteramente desconocidas; solo se acordaba de haberle visto hacia ya mucho tiempo y en una tierra extranjera. Mirábale sin embargo atentamente y con una especie de sobresalto.

— Yo le diré á V. quien soy, marquesa, añadió el anciano con una voz algo cascada. Hubo un tiempo en que V. me conocía como á sí misma; hubo un tiempo en que mi voz la hacía palpar de alegría y no de sobresalto como en este momento.... Si, yo le diré á V. quien soy. Hará cosa de unos veinte años que llegó á Viena con su marido una jóven española, muy hermosa y muy sensible. En la casa que daba enfrente de la que ella habitaba, vivía un jóven alemán que muchas veces la vió á sus ventanas y la siguió á los paseos y á los teatros: tuvo á veces ocasión de hablarla y pronto los dos jóvenes llegaron á amarse con la mayor ternura. La jóven estrangera burlando la vigilancia de su anciano marido, recibió varias veces en secreto á su amante y oh! cuán felices fueron entonces los dos jóvenes, el alemán y la española! Una noche estaban juntos los dos, jurando amarse eternamente y gozando todos las delicias del amor y la soledad, cuando entró de repente el marido de la infiel; y como era anciano y era débil, pasó sin duda en aquella estancia algun horrible misterio, porque al día siguiente se encontró muerto en la calle al ofendido esposo y habían

desaparecido de Viena el alemán y su querida. Pocos días despues.... oh! no tiemble V., marquesa, que ya me falta poco.... sí, yo la diré á V. quien soy.— Pocos días despues, estaban ya fuera de Austria los dos amantes, y por espacio de algunos meses anduvieron viajando por Italia y por Alemania. Hallándose en uno de los estados de esta última nación, dió á luz la española un niño, fruto de sus amores con el alemán. Señora, hoy hace veinte años justos que nació este niño.

La marquesa le escuchaba y sus ojos estaban cubiertos de lágrimas.

— Pero, continuó el desconocido, no tardó la española en ser infiel á su amante como lo había sido á su esposo: y cuando su hijo tenía cinco años, se casó ella con un marqués español y volvió á su patria abandonando á su hijo.... pero no le abandonó el alemán. Estaba el pobre niño criándose en una casa de campo cerca de la ciudad, y muchas veces iba su madre á verle y pasaba horas enteras estrechándole entre sus brazos, porque le amaba tiernamente; sin embargo, tuvo valor para abandonarle por un amante.

— ¡Cárlos! ¡hijo mio! exclamó la marquesa con amargura.

— ¡Pobre Cárlos! añadió el extranjero; ese era también el nombre de su padre.

— ¡Oh! ¡compasión!... ¡piedad!... exclamó la marquesa echándose á los pies de su interlocutor.... sí, ya sé quien sois.... sois el padre de mi inocente Cárlos.... pero este niño, si no me engañó una carta vuestra que recibí en España, es ya un ángel en el cielo.

— O un desgraciado sobre la tierra.... Oh! no te ha dicho á veces tu corazón que lo tenías á tu lado. ¡Pobre marquesa!... Cuando abandonaste á tu hijo, me hallaba yo en el último grado de la indigencia, habiendo gastado en los viajes que hice contigo todo el dinero que pude sacar de mi casa en aquella terrible noche en que murió tu esposo. Entonces me propuso un amigo que hiciésemos juntos un viage á las Indias Orientales con esperanza de enriquecernos, y desesperado como estaba, no viendo para mi hijo mas que un porvenir de miseria, acepté gustoso esta proposición; pero no quise esponer al niño Cárlos á las fatigas de un viage penoso. Reduje á dinero lo poco que poseía y se lo entregué á una persona de toda mi confianza para que cuidara de la educación de nuestro hijo: le dije que no volvería hasta despues de muchos años y que entonces le buscaría en Viena, donde tenía él fijada su residencia. Para evitarte crueles remordimientos, me

ocurrió la idea de escribirte que habia muerto Carlos; y para que cuando éste viniera á España, como tenia yo dispuesto, no pudieras reconocerle, cambié su nombre por otro, que si lo pronunciara en este momento, te veria caer á mis pies de horror y de vergüenza..... En fin, dos meses hace que volví de mi viage aventuroso, pero no me ha sonreido la fortuna como yo imaginaba: fui á Viena y alli encontré al hombre á quien encargué la educacion de nuestro hijo, y supe que éste se hallaba en Madrid: vine á esta capital, y sin darme á conocer ví varias veces á nuestro pobre Carlos y ví tambien á su madre: tomé algunos informes que me horrorizaron..... y ahora, para evitar que cometas un gran crimen, vengo á decirte que el hijo de nuestro primer amor es tu amante Stephen!

-- ¡Dios mio! exclamó la marquesa y cayó desmayada en brazos de su antiguo amante; pero volvió en sí al cabo de un rato, y todos los impulsos del amor maternal se despertaron repentinamente en su corazon. Entonces se acordó de la carta que habia dictado á Matilde, y pensando en el carácter de su hijo, se horrorizó como si temiera algun terrible acontecimiento. Y apenas la hirió esta idea, cogió del brazo al aleman y salió con él de su casa dirigiéndose á la de Stephen. Subió temblando las escaleras y llegó á la puerta que encontró cerrada por dentro. ¡Oh! ¡Cuánto sufrió entonces el corazon de la marquesa! El delirio y la desesperacion aumentaban sus fuerzas de tal manera, que con el empuje de sus brazos echó la puerta al suelo y entro con los ojos desencajados, delirante y frenética en la habitacion de su hijo; pero al ver el espectáculo que tenia delante, cayó al suelo como si un rayo hubiera herido su frente. Estaba el cadáver de Stephen tendido sobre su cama con tres profundas heridas en el lado del corazon: tenia el brazo derecho pendiente fuera de la cama y en la mano izquierda la carta que poco antes le habia escrito Matilde!... En el suelo brillaba un puñal cubierto de sangre.

XIII.

Dos dias despues tomó la marquesa el hábito de religiosa en el mismo convento en que habia muerto su hija. = E. DE O.



ESTRACTO

De la

Gaceta Piamontesa.

Jueves 2 de Abril de 1835.

Alejandría, pátria del insigne profesor de pintura de perspectiva el caballero Migliara, cuenta un ciudadano que sigue las gloriosas huellas de Marchesi y de Comolli.

Este es el Sr. Carlos Caniggia, que, nacido en humilde fortuna y habiendo manifestado desde su infancia particular genio para la escultura, encontró proteccion en el ánimo generoso del Sr. Marqués D. Carlos Inviziati Branciforte, Patrio Alejandrino, grande de España de primera clase &c. &c. el cual animado del celo pátrio que no conoce distincion de estado, ni pierde ocasion alguna de manifestar cuanto ama su pais, puso todo su conato en proteger á aquel jóven.

Envióle á Roma inmediatamente, sede privilegiada de las bellas artes, y alli aprendió los primeros rudimentos de la estatuaria con el distinguido escultor piamontés Festa, habiendo proseguido sus estudios bajo la direccion del célebre caballero Finelli.

Apenas Caniggia supo manejar el cincel, animó el reconocimiento su mano á esculpir para su ilustre Mecenas una estatua de Orfeo en mármol, que ahora adorna la deliciosa casa de campo de Casal-Bagliano; esta obra hizo formar las mejores esperanzas de su jóven autor.

La estatua en mármol del beato Amadeo de Saboya, que se halla en el templo de la Virgen, en Turin, realizó estas lisongeras esperanzas.

Alejandría, que siempre protege á cualquiera de sus hijos que siga la senda de la gloria en cualquier clase de estudio, se unió con el marqués Inviziati para establecer en Roma al jóven Caniggia mediante una asignacion anual, hasta que habiendo quedado vencedor en el concurso

de tales estudios, fue pensionado por nuestro monarca.

Habiendo aquí ejecutado algunas obras en mármol encargadas por S. M. C., por el duque de Alba y el de Osuna, fue condecorado por la Real Academia de S. Fernando con el título de académico de mérito en 22 de junio de 1834 (1).

Está actualmente trabajando en mármol, un bajo-relieve para Alejandria (*de la paglia*) representada esta ciudad en actitud de premiar las bellas artes, cuyo modelo fue descrito y encomiado por el marqués Luis Biondi en un discurso suyo publicado en Roma en 1833.

Fundó esta ciudad las mayores esperanzas en los progresos de este jóven á quien distinguen tanto ingenio y decision, no habiendo todavia cumplido 30 años. El tiempo y el estudio de los clásicos y de sus imitadores, harán de él un excelente profesor que recompensará largamente los cuidados de su Mecenas, y añadirá tambien con su arte nueva gloria á su pátria ya tan célebre por los talentos de sus hijos.

¡ Dichosos los que viven en un pais, donde los opulentos y los grandes hacen tan buen empleo de sus riquezas, donde la patria alienta con premios y con auxilios á emprender toda clase de estudios! ¡ Venturoso aquel estado, en que la munificencia del monarca provee á las necesidades de los artistas de genio sobresoliente!!

TEATROS.

ALFREDO. = *Drama original en cinco actos por DON JOAQUIN PACHECO, representado en el del Príncipe.*

Poco á la verdad, puede quedar que decir de un drama cuya crítica han hecho todos los periódicos, ya mordiéndole con sobra de crueldad clásica,

(1) El Sr. Caniggia ha sido tambien discípulo en la Academia de San Fernando y ha tenido por profesor al Sr. Agreda, escultor de mucho mérito é instruccion.

ya juzgándole con justa moderacion, pero todos reconociendo en él la obra de talento, y algunos aun á despecho de su deseo. Como nuestro fin no es defenderle de las críticas que ha sufrido, sino criticarlo tambien nosotros á nuestra vez, dejando á un lado ajenas opiniones, presentaremos francamente la nuestra. ¿Es Alfredo un drama en que el poeta se haya propuesto presentar una ó varias acciones complicadas entre sí y en que se interesen personajes de diferentes clases y caracteres diversos, ó ha tratado solo de pintar un coloso de crímenes y pasiones, un solo carácter al cual se sacrifique todo absolutamente, y cuyo desarrollo debe únicamente ocuparnos? Si esto ultimo ha sido su intencion, como no puede dudarse, podemos dar al Sr. Pacheco el parabien por haber llenado su objeto. En todo el drama no hay personaje alguno que no se halle en término muy distante respecto al héroe, ninguno que no sirva ó para empujarle al crimen ó para hacer que aparezca mas grande su desventura.

Y en este drama no hay que buscar caracteres, porque no hay ni debe haber mas que Alfredo. Su alma dispuesta á sentir con violencia, arde á la vista de una muger hermosa y tal como él la habia imaginado en sus delirios de amor, de gloria y felicidad. Pero esta pasion es criminal: Berta es la viuda de su padre, y Alfredo ya delincuente con solo amarla, cada paso que adelanta es un crimen, cada recuerdo un remordimiento que le devora. He aqui, á nuestro entender, el corazon de Alfredo y su situacion en el drama. Primero inocente y puro, pero indeciso, melancólico y ansioso de algo que llenára el vacío de su alma, despues apasionado, delirante, tratando de fortalecerse contra su conciencia y arrastrado y despeñado por su pasion. Débil sería ésta, en verdad, y mezquina el alma de Alfredo si pudiendo vencerse y alejarse de su madrastra, se hubiera dejado llevar de este amorcito coqueto de nuestros dias, de esas pasioncillas que traen tan á mal traer á nuestros elegantes, *y herido de la flecha de oro* se hubiera puesto á enamorar á Berta. Entonces no hubiera habido por cierto para que matar al hermano, ni aun éste en nuestro siglo hubiera estorbado para nada: *en nuestro siglo de moralidad* aun esposos hay que no estorban, pero el Sr. Pacheco ha presentado en Alfredo los arrebatos de una verdadera pasion, y el que ha de odiar algun dia como un rival á su propio padre, fuerza es que asesine al hermano de su querida, viendo en él un obstáculo á su felicidad. Creemos no obstante que este asesinato debiera estar mas motivado, y que el poeta no ha sacado todo el partido que podia del personaje de Jorge. Pero aqui es donde un ser ideal, la voz lisongera de la pasion

criminal de Alfredo se presenta en escena, personificada en un griego misterioso que es, sin duda, la concepcion mas atrevida del drama. Mucho han clamado contra ella la mayor parte de nuestros críticos periodistas, y ha habido quien la ha tachado de un extravio de la imaginacion, que ha realizado un ser que no existe en la naturaleza. Nosotros creemos que existe en ella, puesto que existe en la imaginacion, y seguramente el griego existia para Alfredo, como para un fanático las brujas y los duendes, como para Sócrates existia un génió que el veia y con quien razonaba amigablemente. Lo único que antes de la representacion del drama hubiera sido de temer era que no produjese efecto, pero justamente no ha sucedido asi, y las escenas en que entra este personaje fantástico han sido las que mas han agradado y suspendido á los espectadores. El quinto acto sobre todo es sublime, y el terror y el interés están llevados al último punto. Bien quisieramos no hallar defectos que criticar, pero desgraciadamente Alfredo no es mas que un hermoso pensamiento dramático mal puesto en escena: las tres esposiciones con que empiezan el segundo, tercero y cuarto acto son iguales, y ofrecen poco interes las dos últimas principalmente. Carece de buen artificio todo el drama en general, y esto contribuye á enfriar el interés, haciéndolo lánguido y aun algunas veces molesto. El lenguaje es puro, oriental, apasionado y propio de la época de las cruzadas, tal como nuestra imaginacion nos pinta que deberian hablar y sentir los hombres de la espada y de la lira, los guerreros de la Fé, los amantes de la hermosura. Sentimos sin embargo que el Sr. Pacheco no haya escrito en verso su drama sabiéndolos hacer tan hermosos como en algunas de sus composiciones poéticas hemos leído. Hubiera gustado mas y habria evitado cierta hinchazon de que adolece la poesía escrita en prosa. En cuanto á la egecucion del drama, hace mucho tiempo que en nuestro teatro no se habia visto nada representado con tanta inteligencia y esmero. La Sra. Rodriguez como siempre. El Sr. Latorre, sobre todo en el acto quinto, es el mismo Alfredo, apasionado, loco, acosado de remordimientos, precipitado al crimen, y las entonaciones de su voz, su continente frenético, su fisonomia desencajada y pálida le hacian parecer, no ya un hombre furioso, sino un ser de veras marcado con el sello de la reprobacion. Por otro estilo, y con extraordinario talento, representó el Sr. Julian Romea el papel del Griego fantástico. Dificil era dar á conocer la idealidad de este personaje, y he aqui el triunfo que ha alcanzado este actor; sus miradas, su aparicion en la escena, la frialdad y amargura de sus palabras, su fisonomia cejijunta, pálida é inquieta, sus

ojos vagos y penetrantes, nos dieron á conocer en él al misterioso ser que habia imaginado el poeta. El Sr. Florencio Romea hizo con naturalidad su papel, que tampoco daba otra cosa de sí. Aconsejamos al autor de Alfredo no sea este el ultimo drama que escriba, sino que mas animado que nunca, siga una carrera que ha empezado bajo tan buenos auspicios.

SEDUCCION Y VENGANZA

ó el Marido Inglés.

Mal drama, bien silbado, y ejecutado con perversidad inaudita en el malhadado teatro de la Cruz. La Sra. Matilde Diez lo hizo muy bien. En cuanto al Sr. Pacheco.... No hay que pedirle penas al olmo porque no las dará.

En el sainete la silba fue al *gracioso* que es el hombre mas triste que hemos conocido en el teatro de luengos tiempos acá. Cubas hacia reir, nuestro *soidisant* gracioso hace silbar. Todo es producir efecto. = J. DE E.

Anuncio.

Dentro de muy pocos dias saldrá á luz el segundo tomo de la novela *Ni Rey ni Roque*, con que se propone el Editor dar fin por ahora á la *Coleccion de Novelas originales Españolas* que con tanta aceptacion está publicando hace mas de un año.

Pero esta interesante coleccion solo queda interrumpida por ahora: el Editor piensa dar principio muy en breve á otra série de *Novelas históricas originales*, empezando con una de D. Eugenio de Ochoa, titulada *EL AUTO DE FÉ*.

LOS SEÑORES SUSCRITORES del periódico titulado **EL ARTISTA** cuyo abono termina á fin del presente mes, que gusten renovar su suscripcion, se servirán hacerlo á tiempo para no experimentar retraso en el recibo de sus respectivos números.

ESTAMPAS: Don Telesforo de Trueba. Stepheu.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA. -- FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRENTA DE I. SANCHA.

EL ARTISTA.



Fern. de Herrera del. lit.

N. B. de Madrid

FERNANDO DE HERRERA.

